

EL ARBOL, LA SOMBRA Y VICENTE

*Cuando plantaste la semilla
sólo pudiste arroparla
con un poco de agua confiada:
sabías que la confianza
es como un agua clara
que abona el crecimiento.
Y así, cada mañana,
tú regabas el árbol con paciencia
y lo sentías crecer y sospechabas
que muy pronto
empezarían a brotar las hojas
y cuando te movías
un rumor vegetal te acompañaba.
Una mañana
amaneciste verdecido:
fueron primero unas delgadas ramas
con pequeños botones como nidos.
La creación estaba en movimiento.
Como la tierra, que jamás se asombra,
confiaste en el ciclo de las estaciones.
Lo tuyo eran las hojas:
una copa tupida y generosa
que impartiera cobijo y sombra clara.
Lo tuyo era la sombra en la solana:
tu paraíso, una sombra cordial para las almas.
Por eso concebiste el árbol
y lo fuiste nutriendo con tu savia,
por eso,
para dar cobijo.
Y a ese remanso sin fronteras,
a esa sombra cordial del paraíso
nos hemos acogido muchos,
todos aquellos que han llamado a tu puerta.*

FRANCISCA AGUIRRE

Alenza, 8, 5.º C
MADRID